

LIBRO XVIII

SUMARIO

La Revolucion. — Napoleon. — El liberalismo. — El socialismo.

CAPITULO PRIMERO

Asamblea nacional.

1789. Describimos con mayor extension la primera Revolucion de Francia por encontrarse en ella todas las faces y fisonomías de las sucesivas, las cuales son á aquella lo mismo que el cuadro de un pintor de paisajes á una escena de los Alpes.

El 5 de mayo de 1789 en Versalles la misa del Espíritu Santo, las pompas austeras de la religion y las galas de la monarquía inauguraban una asamblea que debia abatir el trono y el altar (A). Paris, es decir, la Francia, veía con solícita curiosidad desfilar aquellos diputados, elegidos para revelar y corregir los abusos, segun el mandato de cuatro millones de ciudadanos reunidos en diversos puntos del reino en quinientos colegios electorales (B). Los nobles, que aun en las revoluciones tienen el espíritu de orden y de mando y quieren dirigirlas, pedian garantías para su clase contra el rey, contra el clero y contra el tercer estado. Del primero querian que se derribase la Bastilla, que se convocasen periódicamente los Estados Generales y que no se estableciese ningun impuesto que ántes no fuese autorizado por la asamblea. Del clero exigian que se aboliesen los diezmos, que se vendiesen parte de sus bienes para alivio de la deuda pública, y que se suprimiesen las órdenes religiosas. Querian, por último, que para el tercer estado se formase un orden de villanos, que se estableciese un ceremonial para las asambleas, que un tribunal heráldico examinase los títulos de nobleza, y que solo á los higuados les fuese permitido llevar espada. En cambio la nobleza consentia en contribuir al pago de los impuestos, aunque temporalmente, y en abolir los derechos feudales con ciertas condiciones.

En el clero habia personas de las primeras familias lo mismo que ínfimos plebeyos. Con esto eran los votos menos determinados, y los remedios se encontraban con las premisas;

prevalcian, sin embargo, los consejos liberales, como eran los de renunciar á los privilegios y someterse igualmente á las contribuciones; algunos individuos habia que querian que estuviesen exentos de embargo los instrumentos del pobre, y que el jornalero quedase libre de impuestos. En una palabra, aquellos mandatos contenian cuanto despues se pidió (1); y ¿qué no podia esperarse de la admirable conformidad de miras con que se dieron los poderes á los diputados y de la preponderancia del elemento popular en las elecciones? De los trescientos individuos del clero que formaban parte de la asamblea, solamente cuarenta y nueve eran obispos; los nobles componian el número de doscientos ochenta y cinco, no habiendo querido intervenir en la eleccion la nobleza de Bretaña, y de los seiscientos individuos que formaban la representacion del estado llano, ciento cincuenta y tres eran magistrados inferiores, ciento doce abogados, apenas setenta y seis propietarios y muy pocos literatos.

Entre la multitud de representantes distinguíanse algunos que ya poseían buena ó triste celebridad. Felipe de Orleans, jefe de la rama émula de la casa reinante, que se envileció con los placeres, creyó recobrar el honor poniéndose en oposicion con la corte, representaba los usos ingleses, las libertades inglesas, de que entonces se hacía mucho caso: no se reunia con los príncipes sino con los diputados; habia preferido la eleccion de Paris á la de Crespy, porque sus poderes eran mas liberales; pero su inconstante ambicion, á la que se unian un

(1) Hasta la declaracion de los derechos tuvo un germen en las comisiones (*cahiers*): la de Paris decia: « Los hombres son iguales en derecho. Todo poder emana de la nacion y debe ser ejercido solo para su felicidad. La voluntad general hace la ley: la fuerza pública asegura su ejecucion. Á la nacion corresponde votar los impuestos. No se hagan prisiones ni destituciones sin formacion de causa. Todo ciudadano es admisible á los empleos. La libertad natural, civil y religiosa de cada uno, su seguridad personal, su independencia absoluta de toda autoridad que no sea la ley, excluyen toda indagacion sobre las opiniones, las palabras, los escritos, mientras no alteren el orden público y no coartan los demas derechos. »

1789.
Jefes.

cuerpo y ánimo débiles por efecto de su desordenada juventud, no bastaba para ocupar el puesto que la opinion le designaba. La Fayette, de nobles y sencillas maneras, digno sin orgullo, familiar sin bajeza, marques que habia combatido por la libertad americana, cortesano que hacía la oposicion á la corte, de regreso de sus campañas de América se mezclaba con franqueza republicana entre la multitud, de quien era adorado. Sin gran genio ni grandes pasiones, de ánimo igual y desinteresado, tranquilo entre el furor de opuestos bandos, amante de las leyes, aunque incapaz de dirigir los sucesos, sabía aprovechar las ocasiones de secundarlos y favorecer su desarrollo, uniendo la penetracion del escéptico al entusiasmo del creyente. Sieyès, famoso por su libro sobre el tercer estado y el hombre mas docto de aquella asamblea, adicto al materialismo de la constitucion inglesa, amaba la libertad y la justicia como teorías abstractas, poseía el arte de formular las cuestiones, y como dice Talleyrand, pensaba ya cuando los demas comenzaban á formar ideas.

Mas excitaba la atencion otro diputado de enorme cabeza, de rostro desfigurado por las viruelas y sombreada por una larga cabellera, de espeso sobrecejo, bajo el cual brillaban unos ojos fulmineos: todos señalaban con el dedo al conde de Mirabeau (1). Victor, su padre, empujado en las máximas de los economistas que creían poder reformar el mundo con sus teorías y se hacian tiranos á fuerza de liberalismo, escribió el *Amigo de los hombres*, en cinco tomos, obra leída, traducida y aplaudida, llena de proyectos liberales y de nociones de agricultura y estadística. Toda su vida estuvo solicitando de los ministros que adoptasen sus pensamientos filantrópicos: sus parásitos lo llamaban el primer hombre del siglo, y él se lo creía. Ahora bien, este hombre en su vida doméstica era un monstruo. Pero él, persuadido de su infalibilidad, envanecido con lo ilustre de su ascendencia, pavoneándose con la sabiduría de la época, cuyo carácter era la presuncion, obtuvo hasta cincuenta y siete cédulas de prision contra individuos de su familia, convencido siempre de que obraba con rigurosa justicia.

Gabriel Honorato de Mirabeau, su quinto hijo, nació feo, y las viruelas lo pusieron horrible; y por ser sus hermanos tipos de hermosura, el padre le cobró una aversion que no trató de dominar, le echó de su casa (2), y aunque la inteligencia del muchacho se desarrollaba admirablemente, él se le mostraba duro, contrario y celoso.

Bajo tan severa é injusta disciplina, temeroso

(1) De la familia Arrighetti, prófuga de Florencia en 1268, salieron los Riquettis de Mirabeau, Provenzales, familia esclavizada tanto por el fundador del canal de Languedoc, como por los hombres insignes de espada y toga.

(2) Tambien Talleyrand por haberse quedado cojo fué ordenado clérigo y anduvo de colegio en colegio sin dormir una sola noche en la casa paterna.

siempre del castigo, no podia Mirabeau adquirir aquella generosidad y aquella calma de espíritu que son elementos supremos de la virtud y del honor. Con los años crecia en él la inquietud, conociendo que « no habia nacido para ser esclavo; » y su padre, lamentando siempre su vileza y bajos pensamientos, quiso hacerlo militar para que la disciplina reprimiese los vicios de aquella naturaleza degenerada. Al cabo de poco tiempo, hallándose abandonado y sin dinero, se cargó de deudas, y luego se fugó á Paris. Su padre pensó mandarlo á las colonias, pero al fin se contentó con hacerlo encerrar en la isla de Rhé. Reconciliado despues con él en vista de su gran talento, le restituyó su nombre. La pedantesca economia, la terquedad arrogante del marqués, estaban en perpétua contradiccion con el genio, la actividad, la negligente dissipacion y la atractiva franqueza del hijo, el cual, por lo demás, se entregaba con igual violencia al estudio y á los placeres, siempre bajo las siniestras impresiones que le habia dejado la dura educacion paterna y su estado de irritacion y descontento. El padre le permitió visitar á Paris y presentarse en la corte de Versalles, recomendándole que « conservase immaculada la reputacion de qué por espacio de quinientos años habia gozado la casa de Mirabeau. » En la corte el jóven se distinguió y se hizo amar muy luego, y su padre, que por afectado orgullo no habia querido jamás *enversallesarse*, decia: « Él es tan insinuante como yo intratable; » maneja á los grandes á su placer; tiene el don terrible de la familiaridad. »

Viendo Honorato que los negocios de su padre seguian un curso fatal entre pleitos y utopias, procuró proporcionarse una subsistencia independiente, casándose con Emilia de Maignan. Su suegro le aseguró un dote de 300,000 francos, pero no le dió por el pronto mas que una pension de 1,000 escudos: su padre agregó á ella otro tanto, y esto lo colocó en situacion de poner casa. Sin embargo, en vez de conducirse cuerdate, se abandonó á extravagancias y desórdenes; por ostentacion y por amor á su mujer, contrajo en un año deudas tales que ascendieron á 160,000 francos; para pagarlas formó planes de economia, pero su padre se opuso á todas sus ideas, frustró todos sus proyectos, y por último obtuvo una real cédula para confinarlo en la pequeña ciudad de Manosque, donde se le prohibió comunicar con nadie, y se le sujetó á una estrechísima vigilancia.

Habia merecido este tratamiento por sus amos y galanteos inconstantes, y la fama no respetó tampoco sus relaciones con su hermana, á la cual por lo ménos tenia un afecto immoderado, como todas sus pasiones. Habiendo insultado un baron á esta hermana, Mirabeau se fugó del pueblo de su confinamiento y fué á desafiarlo, y porque no aceptó el desafio, le dió una bofetada, lo cual motivó la formacion de causa, y el padre logró que lo encerrasen en el castillo de If. Pareciéndole que su conducta era

1789.

viciosa, pero no criminal, no obstante que como criminal se le castigaba, escribió á su padre en estos términos: « Dignaos, padre mio, sacarme de aquí, librarne, salvarme de la espantosa agitacion en que vivo y que puede destruir los efectos de mi reflexión y de la adversidad. La actividad que lleva á cabo todas las cosas, y sin la cual nada se hace, llega á ser turbulenta y puede convertirse en peligrosa cuando se encuentra sin objeto y sin empleo. » Pero el padre continuaba inexorable, y fingiendo querer restablecerlo por grados en su gracia, en realidad ansiaba lanzarlo á cometer cualquier exceso. Y así fué.

Su esposa entónces solicitó y obtuvo la separacion, y Honorato encerrado, abandonado, se dio á la única mujer que habia en el fuerte, y ganó la confianza del comandante, el cual intercedió por él con su padre. Este envió por única contestacion la orden de hacerle trasladar al fuerte de Joux en el Franco Condado. Allí el gobernador, seducido por su inexplicable ascendiente, le concedió vivir en libertad y lo presentó á Sofia de Monier, jóven de diez y ocho años, esposa de un marques de setenta, y cortejada por el mismo gobernador, que tenia sesenta. Pronto cautivó Mirabeau el corazon de aquella jóven; pero descubiertos sus amores, ella fué expulsada y él encerrado, por disposicion de su padre, en la ciudadela de Doullens. Sin embargo, los amantes lograron huir á Suiza, y despues de varios accidentes dramáticos se refugiaron en Holanda.

Con razon se reprueban las relaciones de Sofia con un hombre que no era su marido; sin embargo, ella las mantuvo con generosidad, dispuesta á sufrir todas las desventuras que acompañan á un afecto no sancionado; cuanto mas que creía tener derecho á reemplazar al decrepito esposo que le habia sido impuesto con el hombre de su eleccion.

Extranjeros, perseguidos y sin medios, vivieron en Holanda Sofia y Honorato, sacando fuerzas de su recíproco amor. Él trabajaba para los libreros aguantando su arrogancia, y por 50 luises compuso el *Ensayo sobre el despotismo*. Esta obra agradó, y al cabo de tres meses, pudo Honorato, trabajando desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, ganar un luis al día, componiendo y traduciendo.

Entretanto en Francia, condenado por rapto y seducción, fué decapitado en efigie, y su padre, que gastó 6,600 francos en hacerlo buscar por la policia, pudo tener la satisfaccion de verlo excluido para siempre de su país. Pero los padres de Sofia, por un resto de amor mezclado de resentimiento, procuraban encontrarla, y apoderarse de ella con la esperanza de devolverla al marido, y tanto hicieron que al fin fué presa en territorio extranjero. Honorato podía salvarse, pero quiso seguir á Sofia: ella fué encerrada en un convento, él en Vincennes, y el padre exclamó: *Al fin está preso el cri-*

minal. ¡Así se educaba el hijo de un noble!

Encerrado en la cárcel, él, hijo y representante de una edad de amor, de impaciencia, de corrupcion, se abandonó á los siniestros consejos de la soledad y del rencor. Traducía y enviaba á Sofia cuanto los autores clásicos escribieron mas lúbrico, valiéndose para ello de la condescendencia del comandante, el cual manifestando escrúpulos para darle espejo y navajas de afeitar, no los tenia para vender en persona á los libreros sus composiciones obscenas. Así su prision fué mas funesta á las costumbres que el desenfreno de veinte libertinos. Entre vergonzosas disoluciones Honorato se dedicó tambien al trabajo; estudió constantemente á Tácito, y escribió contra las cédulas de prision y contra las prisiones de Estado, haciendo valer los principios del derecho natural y demostrando la injusticia de tan sumarios procedimientos.

Obstinóse (tal es el efecto general de las persecuciones) en no dejar á Sofia, que le habia hecho padre de una niña, y en no abandonar la esperanza de ponerla y ponerse á sí propio otra vez en honrosa situacion. Sus súplicas al rey y al ministro fueron vanas; su padre lo dejaba en la última miseria, y habiendo interceptado su correspondencia con la madre y con la hermana, tuvo la osadía de divulgar sospechas de doble incesto, á las cuales Honorato, hostigado hasta el extremo, contestó con imputaciones igualmente nefandas, que al parecer no menoscabaron la reputacion del *Amigo de los hombres*.

Uno de los motivos de la ira que animaba al marques economista contra su hijo, consistia en que este secundaba las ideas filosóficas del siglo: « Todo el caudal de frases de ese loco rabioso encerrado en Vincennes (escribia á su hermano) no viene á ser mas que el filosofismo charlatan de este frenético tiempo, jergonza de malos atavíos, reminiscencia impudente. Tres ó cuatro mentecatos como Diderot, d'Alembert, Rousseau ú otros muñecos de paja vestidos de oropel, cuya biblioteca es el inventario de la torre de Babel y que la mayor parte no tienen mas originalidad que la del descaro, han sido el arsenal de estas filosofisterias modernas que no merecen otra cosa sino el hospital de dementes. » Honorato se enfurecía al ver aquella alma de hielo y desfogaba en cartas su indignacion contra aquella tiranía, cuyo refinamiento llegaba hasta el punto de negarle todo lo que pudiera aliviar y hacer mas llevadera su angustiosa situacion.

Pero de repente murió á los cinco años de su edad el único hijo legítimo de Honorato, muerte acompañada de circunstancias que hicieron creer fuese efecto de un delito, que se atribuyó á un pariente colateral. Ante el peligro de ver extinguirse su nombre, se asustó la familia y mas todavía el marques, que entónces pensó en salvar á su hijo para que renovase la raza.

« Ciertamente, decia, si mi nieto hubiese vivido, habria perseverado en tener preso á su padre; pero muerto el pobre Victorino, creo que debo evitar la extincion de nuestra estirpe. » Sin embargo, puso por condicion que la mujer de Honorato intercediese por su libertad y consintiese en ella; tambien Sofia, con la generosidad que fué causa y disculpa de sus extravíos, escribió al marques echándose toda la culpa, y exhortó á Honorato á reunirse con su esposa, conducta que dejó admirado al mismo viejo economista; no obstante, todavía tardó mas de un año la libertad de su hijo, que no llegó á verificarse hasta despues de cuarenta y un meses de padecimientos. Estos debilitaron la salud de Honorato, pero elevaron su espíritu vigoroso y franco. Ansioso de vindicar su fama, se constituyó preso de nuevo para hacer anular la sentencia pronunciada contra él en el Franco Condado: en su defensa últimamente escribió, no por obtener lucro, sino por inspiracion propia, no por ganar el pan, sino por recobrar el honor; y lo hizo de modo que fué anulado el procedimiento y acordada la separacion de Sofia y de su marido con una pension. Sofia, que habia manecillado su reputacion con tener un amante, cuando quedó viuda observó buena conducta en aquel difícilísimo estado: despues, enamorada de otro, y habiendo muerto este en el momento de casarse con ella, se ahorcó.

Honorato, orgulloso por haberse rehabilitado por la fuerza de su propio talento, pero cargado de deudas y sin medios de subsistencia, intentó reconciliarse con su mujer, mas esta lo rechazó. Entónces acudió á los tribunales, y convencido de que el juez á quien habia que persuadir era el público, arengó por sí mismo. Grande auditorio acudió á la vista del pleito, ávido de escándalo y ansioso de oír la revelacion de aquellas deformidades; y Honorato, inspirando admiracion al público, alcanzó un triunfo en la opinion; pero legalmente fué rechazada su demanda. Su influencia con las mujeres, que á pesar de ser tan feo era poderosísima, le hizo contraer con la señorita de Nehra vínculos que duraron todo el tiempo que ella vivió, resistiendo á todas las infidelidades de Honorato. Habiendo huido con ella á Holanda, en breve consumió su pingüe caudal, y reducido á la extrema miseria escribia: « No poseo en el mundo mas que diez francos; ni á mí ni á la condesa nos queda un trapo que empuñar, y salir de aquí es imposible sin pagar las deudas. » Á tal extremo lo reducian siempre su disipacion y su lujo, y enviaba á Nehra á buscar dinero para él á cualquier precio. Tenia un secretario llamado Hardi, que muchas veces le prestó sus ahorros; pero habiéndole pedido este un día la restitution de sus préstamos, no solo se negó á pagarle colmándolo de injurias, sino que lo citó á juicio por calumniador. Hardi entónces le contestó acriminando su conducta y declarando en apoyo de su demanda que la camisa y los calzones

que en aquel momento vestia Mirabeau eran suyos.

Sin embargo, soportaba atrevidamente su pésima reputacion, y como hombre que conoce la potencia de sus vicios, esperaba siempre que llegaria á hacerse un renombre á fuerza de ingenio y de trabajo. Hombre sin conciencia, adula el rencor de la Inglaterra contra los Americanos en sus *Consideraciones sobre la órden de Cincinnati*, criticando una institucion que parecia establecer una aristocracia militar en una república democrática. En las *Dudas sobre la libertad del Scheld* adula al ministerio frances, haciendo mofa de los proyectos de José II contra el comercio de Holanda. Ocupándose así de pensamientos ajenos, falta hasta al respeto que debe á su mismo talento. Cuando hubo regresado á su patria, y á lo que no se hablaba mas que de hacienda pública, de acciones, de compañías, se puso á sueldo de los agiotistas para combatir el sistema hacendista de Calonne; reputado falso amigo, aunque tambien peligroso enemigo, le temen sus enemigos, y por lo mismo le acarician; Calonne le compra, y le manda como espía á la corte de Alemania, y especialmente de Prusia, para estudiar al futuro príncipe (1). Á su vuelta, dió á luz anécdotas escandalosas para hacer dinero y trapiondas. Y siempre pobre y gastador, prosigue su guerra de ingenio, de acusaciones, de calumnias contra los hacendistas y contra Necker, denuncia el agiotaje al rey y á la opinion, y sostiene la necesidad de convocar los Estados Generales, y dar una constitucion.

En medio de las torpes inclinaciones de la asquerosa aristocracia, no era Mirabeau peor que los otros, y aun otros habian sido legalmente sentenciados mientras él habia sido absuelto. Pero los otros callaban mientras él publicando las persecuciones domésticas y la opresion inmerecida que habia sufrido, ofendia la hipocresía pública, unia á sus vicios un vigor y un talento que á los demas faltaban, y las almas fuertes arrastran en pos de sí favores y amores indómitos lo mismo que implacables odios y desprecios. Cuando escribió la denuncia del agiotaje contra Necker, el virtuoso Rulhière le respondió (1789): « ¡Hablar de patria vos, conde de Mirabeau! Si no os cubriese la frente una triple máscara de bronce, ¿cómo no habríais de ruborizaros al proferir ese nombre? una casa unida por vínculos sociales á la casa comun; parientes, amigos, partidarios, bienes utilizables en su provecho y en el de la patria; deberes de hijo, de hermano, de marido, de padre, que cumplir; una vocacion

(1) Nada es mas indecoroso que las 51 cartas que escribió Mirabeau á Calonne. Ademas de la vanidad llevada hasta el delirio, manifiesta la mas baja inmoraldad, y juzga chabacamente las personas y las cosas; averigua únicamente cuáles son los bajos apetitos del nuevo rey, y sugiere á Calonne que mande de espía una mujer, indicando las calidades físicas de que debe estar dotada.

Aquel viaje á Prusia se halla especialmente señalado en el *Graf Mirabeau*, von Theodor Mundt, Berlin 1858.

» honrosa que seguir : tales son los caracteres que constituyen el ciudadano. Pero vos, conde de Mirabeau, ¿poseéis uno solo de ellos? Sin amigos, sin relaciones, teniendo por domicilio ordinario las cárceles, donde os encerraron alternativamente la prudencia paterna y vuestros criminales delitos, destilásteis el veneno de vuestra alma, ocupándoos en roer con los dientes los hierros de vuestra prision, para ejercitaros en destrozarse de un modo aun peor cuanto hay digno de respeto y reverencia. »

Mirabeau, oprimido bajo el peso de tan horrible reputación y bajo el de sus propios rencores, conoció la necesidad de recobrar la estimación general haciendo gala de nobles sentimientos. El despotismo, tanto doméstico como político, que en los demás excitó disgusto, en él había excitado un verdadero furor, y de aquí la mezcla extraña de grandeza y de debilidad que mostraba. Rechazado del cuerpo de nobles ménos por sus vicios que por su descaro y por sus máximas, alzó el grito contra aquella injusticia y se dedicó á adular al pueblo. « Creo, decía, que el pueblo tiene siempre razon cuando se lamenta; creo que no sabe oponer la resistencia bastante para obtener reparacion de los agravios; creo que muestra ignorar demasiado que para hacerse formidable le basta permanecer inmóvil. El poder mas inocente y mas invencible es el que consiste en negarse á toda clase de actos. » Así su actividad y el terror que inspiraba le sirvieron de mucho. Y fué elegido á pesar de lo execrado de su nombre, porque en las conmociones el mundo pertenece á los fuertes. Una especie de ovacion acompañó al conde proscrito por los nobles y acogido por la plebe; pero cuando quisieron desenganchar los caballos para tirar á mano de su carroza, les dijo : « Comprendo cómo los hombres se hacen tiranos; la tiranía se elevó sobre el reconocimiento. » Y añadió despues : « Los hombres no han sido criados para llevar á un hombre. Vosotros lleváis ya demasiado. »

Para calmar al sublevado pueblo de Marsella, se habia puesto al pan un precio inferior á su valor, de donde se siguió la ocultacion de los granos y el hambre. Escribióse á Mirabeau invitándolo á que se fuese allí, « pues cuando no se espera nada de los hombres, es preciso recurrir á los dioses. » Mirabeau se presentó, y sin quejas de parte de nadie restableció en lo justo el precio de los granos. Otros gobernadores y otros ciudadanos le llamaron del mismo modo á Tolosa, Aix, Manosque, Tolon, y en todas partes sosegó á la famélica plebe de quien otro aristócrata habia dicho que no era digna de comer el pienso de sus caballos. Excitando la admiracion y hasta el amor, causando maravilla y miedo, confundiendo en sí todos los vicios y buenas cualidades, se presentó en la Asamblea para destruir sin contemplaciones, seguro de que cualquiera que fuese el mal que hiciera, siempre sería menor que aquel de que

se le sospechaba capaz. Los elegidos del estado llano tenian ingenio, pero ninguna práctica política; Mirabeau por el contrario, poseía esta práctica; exponiendo los planes de otros los hacía suyos; hacía propias las obras ajenas añadiéndolas algunas páginas elocuentes, y su conversacion llena de atractivos, le constituía en verdadero orador en una reunion de retóricos. Cuando se encolerizaba, llegaba hasta lo sublime, hasta la virtud, arrastraba á su auditorio y él mismo decía : « Si esta no es la elocuencia desconocida de nuestros siglos eunucos, no sé qué sea este don del Cielo tan raro y tan grande. »

Este y otros hombres se engrandecian entre la ineptitud de los ministros y de la mayoría, que deseosos de alcanzar lo mejor, pero sin saber en qué pudiera consistir, conocian los males sin haber meditado los remedios, y sin embargo esperándolos.

Pero si los dos órdenes se disponian á la defensa, el tercer estado se preparaba para la victoria. Ya el Cristianismo habia proclamado la igualdad de los hombres ante Dios; la igualdad ante las leyes era la que entonces se quería; aspirábase á desarraigar del territorio las bárbaras distinciones de raza, y del Estado la diferencia de clases; pretendíase abolir los privilegios de familia en la propiedad, y los de mayor edad y sexo en las familias; someter toda una nacion á medidas iguales y uniforme justicia, subdividir la propiedad, extender las comodidades, honrar el trabajo, no poner al derecho de cada uno mas limite que los derechos de todos; en fin, introducir en esta igualdad noblemente adquirida, un orden que no menguase la libertad.

Ideas semejantes vagaban por la mente de aquellos hombres educados en la escuela de los economistas y de los filántropos; y así ellos, reunidos para arreglar la hacienda, elevaron la mira á objeto mucho mas alto, como era el de renovar la constitucion, variar las relaciones entre el clero, la nobleza, el tercer estado, el parlamento y el rey : revolucion fácil, en su concepto, porque en parte estaba consumada en las ideas y no se trataba mas que de reducirla á práctica. El rey, en su entender, podria guiarla asintiendo á las mejoras que cada uno pedía, estableciendo una constitucion determinada, la responsabilidad de los ministros, y la convocacion periódica de los Estados Generales, participantes del poder en todos los actos legislativos.

Así se pensaba en la ciudad. En la corte, la reina, sabiendo la antipatía que inspiraba, se abstenia de mezclarse en los negocios públicos; por el contrario, el rey sabía que era amado y que lo merecía; Necker pensaba que la opinion caminaba siempre en pos de la sabiduría y de la moderacion, y que con su retórica de hacendista podria obligar al pueblo, que avanzaba con grande audacia, á tomar un paso lento y tímido : todos en suma estaban persuadidos de

Tercer estado.

Estados Generales.

la omnipotencia de la filosofía y querian extenderla á la nacion entera.

Pero á los ojos de los hombres previsores se presentaban síntomas demasiado tremendos. Aquellos seiscientos diputados no se conocian uno á otro é ignoraban las formas parlamentarias. Muchos, especialmente entre los del estado llano, estaban afiliados á la masonería, de la cual era Orleans el grande oriente. Si los prelados confiaban en que sería reprimido el espíritu irreligioso, una multitud de párrocos llevaba á la Asamblea la esperanza de derribar las barreras que pudieran oponerse á sus ascensos en la carrera de las dignidades. Los filosofistas maquinaban ya la destruccion del edificio religioso; la clase média estaba dirigida por banqueros y hacendistas, que buscaban ocasiones de especulacion en las turbulencias, y por abogados que en los clubs y en la Enciclopedia habian adquirido precipitada y frenéticamente un barniz de política que esparcian por todas partes, mezclando á Helvecio con Voltaire y Port-Royal, y encubriendo con palabrotas sus miras interesadas y personales. Unos habian aprendido en Mably á admirar las repúblicas antiguas; otros en Raynal la saña contra toda clase de instituciones; estos habian tomado de Diderot el odio á la religion y á los clérigos; los mas estaban apasionados del *Contrato social*, que fué para la Revolucion francesa lo que para la inglesa habia sido la Biblia. La Revolucion, pues, no era ya de los literatos, sino de los intereses y de las pasiones; y en tales manos ¿hasta dónde llegaría?

Fuera de la Asamblea estaban las clases medias, gente buena, pero tímida, crédula, ansiosa de novedades por lo que tenian de espectáculo, y á la cual se habia agregado una chusma lanzada sobre Paris por el hambre y por un crudísimo invierno, chusma que esperaba cualquier trastorno para desahogar la iracunda ferocidad de que ya habia dado señales terribles. El fanatismo de las ideas fomentado por tantos libros y tantos sucesos, é impulsado por los mismos que habrian debido regularlo, estaba á punto de estallar y arrastrar á hombres de ánimo sereno y corazon recto á bañar sus manos en sangre, creyendo hacer en ello un bien. Habia deseos vagos, esperanzas desmesuradas, una inmensa necesidad de innovaciones, de demolicion; pero nadie habia prefijado lo que debiera erigirse sobre las ruinas de lo antiguo. Méno que nadie lo sabía la corte, que en todo esto no veía mas que un puente instantáneo echado sobre el abismo, y que dedicándose con gran celo á ordenar el ceremonial y prescribir los trajes y uniformes que debieran llevarse, olvidó el tomar la iniciativa de las grandes medidas, y aun pareció que queria exasperar los rencores marcando legalmente la distincion que debia haber entre los tres órdenes, disponiendo que el clero y los nobles se presentasen de gran gala, con plumas, bordados y mantos, y los del estado llano en simple traje negro como la-

cayos detras de los amos. Segun este ceremonial, para los nobles y el clero se abrieron las dos hojas de la puerta de la Asamblea, mientras para los individuos del estado llano no se abrió mas que una, despues de haberles hecho esperar sufriendo el viento y la lluvia entre la multitud que gritaba, ó mejor dicho, aullaba : *Viva el tercer estado.*

Luis, desconfiando de sí mismo, amigo de lo mejor, pero temeroso de la anarquía, presumía con su débil mano poder conservar la balanza entre las disensiones que desde los primeros momentos enemistaron entre sí á los Estados Generales. La nobleza, en efecto, aferrándose á sus prerogativas, queria deprimir á la clase média, á lo ménos con las modas, pavoneándose con mantos, roquetes, plumas, galones, mientras los individuos de esta clase se presentaban en traje mas natural, vestidos de negro y con sombreros de tres picos. ¿Mas qué importaban estas distinciones? La opinion popular se manifestó en los aplausos con que fueron acogidos los diputados del Delfinado, cuando se presentaron los tres órdenes confundidos y sin ningun distintivo entre ellos.

Á la verdad, el odio del pueblo mas recaía sobre la nobleza que sobre el rey; y en efecto, despues de crueles experimentos, el trono fué restablecido, pero la nobleza no. El error de esta consistia en considerarse, no solo como una institucion ó funcion social, sino tambien como una raza superior; y el debate sobre si debia votarse por individuos ó por órdenes, encerraba en sí toda la Revolucion. Al paso que muchos de los miembros del clero esperaban una decente ocasion para ponerse de parte del tercer estado, la nobleza, en vez de reservar sus fuerzas para las grandes circunstancias, manifestaba sus hostiles sentimientos en las cosas mas fútiles. Cuando se trató de examinar en comun las actas, se opuso á ello, obstinándose en que habian de seguirse las prácticas de 1614, y rechazando por tanto el progreso de dos siglos. Su orgullo excitó las iras del estado llano; la resistencia fomentó la ambicion, y estimulados los plebeyos por las burlas de los que les decian que no lograrían nada, elevaron sus pretensiones hasta el punto de considerarse, á pesar de la historia y segun las abstracciones de moda, como representantes de veinticinco millones de Franceses laboriosos, y mirar á los demás á lo sumo como delegados de ciento cincuenta mil propietarios estériles.

Por tanto, si bien se mira, desde la primera sesion puede decirse que se dió el golpe decisivo. El gobierno, que habria podido tomar enérgicamente la iniciativa, lo abandonó todo á la discusion; Mirabeau en el *Diario de los Estados Generales*, hizo uso de la libertad de imprenta ántes que esta fuese pedida, y se colocó de este modo en una fortísima posicion, dando cuenta de las sesiones con una libertad y una insolencia como nunca se habian visto. En este periódico reprochaba los excesivos aplausos y el añ